

## CAPITULO IV

## HOMBRES QUE NO PUEDEN SER COMPRADOS

Thou must be brave thyself,  
If thou the truth would teach;  
Live truly, and thy life shall be  
A great and noble creed.  
Tis a very good world we live in,  
To lend, or to spend, or to give in;  
But to beg, or to borrow, or get a man's own,  
Tis the very worst world that ever was known.

BULWER LYTTON (1).

God name in man and woman, dear my lord,  
Is the immediate jewel of their souls:  
Who steals my purse, steals trash; 'tis something nothing  
Twas mine, 'tis his and has been slave to thousands.  
But he that filches from me my good name,  
Robs me of that which not enriches him,  
And makes me poor indeed.—SHAKESPEARE (2).

L'honneur vaut mieux que l'argent.—Proverbe français (3).

Hay, en primer término, hombres que pueden ser comprados. Existen numerables bribones que están prontos a vender sus cuerpos y sus almas por dinero y por bebidas. ¿Quién no ha oído hablar de las elecciones que fueron nulas a causa del soborno y de la corrupción? No es éste el modo de disfrutar de la libertad, y de conservarla. Los hombres que se venden son esclavos; sus compradores son pícaros, sin principios de moral ni de religión. La libertad tiene sus añagazas. «Estoy detenido sobre el suelo de la libertad—decía un orador.» «No es cierto—replicó un zapatero que estaba en el auditorio—, estáis parado sobre un par de botas que aun no me habéis pagado.»

La tendencia de los hombres es ir siempre con vítores tras del más grande. «La mayoría—decía Schiller—, ¿qué significa eso? El criterio siempre se ha fijado con los menos. Los votos

(1) Si quieres enseñar la verdad, tienes necesidad de ser honrado; vive honestamente, y tu vida será un credo grande y noble.  
Es muy bueno el mundo en que vivimos para prestar, o gastar, o dar en él; mas para suplicar, o pedir prestado, o para obtener lo que pertenece a otro, es el peor de los mundos que se haya conocido jamás.

BULWER LYTTON.

(2) El buen nombre en el hombre y en la mujer, mi estimado señor, es la joya que está más cerca de sus almas; quien me roba mi dinero, roba cosa de escasa entidad o valor, casi nada; era mío, es suyo, y ha sido esclavo de miles; mas aquel que me arrebató mi buen nombre, me roba lo que a él no le enriquece, y me hace en realidad pobre.—SHAKESPEARE.

(3) El honor vale más que el dinero.—Proverbio francés.

debieran ser pesados y no contados. El Estado en que domina el número y en que decide la ignorancia, tiene que ir tarde o temprano a su ruina.»

Al efectuarse la secesión de la Iglesia escocesa, dijo Norman Macleod, que para la carne era una gran prueba perseverar en el bando impopular, y cumplir lo que la conciencia ordenaba como línea de conducta. El insulto y el escarnio le saludaban a cada vuelta. «Hoy he visto un sepulcro—dice en una de sus cartas—en la capilla de Holyrood, con esta inscripción: ¡Aquí reposa un hombre honrado! Mi solo deseo es vivir de tal modo que pueda merecer ese mismo elogio.»

Los ignorantes y los indolentes están a merced de los pícaros; y los ignorantes forman hasta ahora la mayoría. Cuando fué llevado un charlatán ante el tribunal correccional de París por obstruir el Pont-Neuf, le dijo el magistrado: «¿Cómo es que atraéis tal muchedumbre a vuestro alrededor, y le sacáis tanto dinero vendiéndole vuestro infalible menjurje?» «Señor juez—replicó el charlatán—, ¿cuántas personas creéis que atraviesan cada hora el Pont-Neuf?» «Lo ignoro—respondió éste.» «Yo os lo puedo decir: unas diez mil; y de éstas, ¿cuántas creéis que son sensatas?» «¡Oh, quizá unas cien!» «Eso es demasiado!—exclamó el charlatán—, pero os dejo las cien personas, y tomo para parroquianos míos las nueve mil novecientas restantes.»

Los hombres son sobornados en todas partes. No poseen ningún espíritu de probidad, de respeto propio o de dignidad varonil. Si lo tuvieran, rechazarían con desprecio todos los sobornos. Los empleados del Gobierno se ven asediados para que hagan pasar artículos, sirvan o no sirvan para el uso. De aquí que el calzado medio embreado del soldado se destruya en una marcha; sus levitas de paño tejidos con borra se hacen pedazos; sus alimentos, conservados en tarros de hoja de lata, se hallan averiados. El capitán Nares tuvo que dar un triste informe sobre la alimentación de sus marineros, mientras estuvieron en las regiones árticas. Todo esto se ejecuta por el soborno y la corrupción en las clases bajas del servicio civil.

Mucho se hace en materia de comisiones ilícitas. Un asunto que halla resistencia, llega hasta cierto empleado, y éste pasa el informe favorable. De ese modo se enriquecen muchos que tienen un sueldo modesto. Después de un hecho notable de corrupción que había realizado un empleado de la administración pública de una compañía, se puso sobre la puerta de la oficina la inscripción que sigue: «Los empleados de la compañía no podrán aceptar sobornos.» El cocinero recibe una comisión del mercader; el repostero está en secreta connivencia con el almacenero

«Estas comisiones ilícitas—ha dicho el *Times*—contribuyen mucho a envenenar las relaciones comerciales. Pero si el comercio subiera alguna vez del vestibulo de los sirvientes o del mercado, e invadiese cualquier oficina pública, desaparecería toda eficacia y toda confianza en los hombres públicos. Es de tremenda importancia que el servicio público sea puro, y que ninguna sospecha pueda recaer sobre el nombre de ningún empleado en un puesto de confianza. Sería un día aciago aquel en el que se sospechara generalmente que los empleados civiles recibían propinas o sobornos.»

Un inventor propuso un método para marcar el número de las personas que entraban en un ómnibus, mas el secretario no pudo mantenerlo. «No, no sirve absolutamente—dijo—; el instrumento que nos hace falta es uno que haga que nuestros empleados sean honrados, y ése, mucho me temo que no podemos hallarlo.» ¡Queremos hombres honrados! es el clamor que se oye en todas partes. Los tribunales de policía descubren con mucha frecuencia los robos y fraudes de personas en quienes se había depositado confianza; y el resultado es que son arrastrados a la ruina. Lo que hace más falta es carácter digno de crédito.

El carácter equivale a ser digno de confianza, y convence a los demás, por sus actos, de que pueden fiarse en el que lo posee.

Fuera de Inglaterra, ocurre otro tanto. Los peores son la Rusia, el Egipto y España. La corrupción de los empleados públicos en Rusia, es lo más vergonzoso, hasta en los más elevados puestos. Estáis obligados a comprar a fuerza de oro lo que tenéis que hacer. Desde los arreglos entre los proveedores y empleados que tienen que comprobar, hasta la entrega directa de los materiales, predomina innegablemente el cohecho en todas las formas imaginables.

La disculpa que se da, es que los empleados públicos están muy mal retribuidos. El ferrocarril entre Petersburgo y Moscú fué construido a costa de grandes capitales.

Inmensas sumas fueron pagadas a los ingenieros y obreros y robadas por los inspectores y directores.

Acompañaba el Príncipe Mentchikoff a su imperial señor en una excursión a través de la capital, efectuada en obsequio del embajador persa, que hacía una visita al país. El persa miraba y observaba las doradas cúpulas, las columnas de granito, los escaparates de tiendas brillantes, con verdadera indiferencia oriental. Por último se inclinó el Emperador hacia su favorito, y le dijo quedo y con aire mortificado: «¿No podremos encontrar algo que asombre a este individuo?» «Sí, señor—respondió el Príncipe—, ¡mostradle las cuentas del ferrocarril de Petersburgo

Moscú!» En Alejandría (Egipto), es enorme el *gotear*, como allí se le denomina, a no ser que se le compre con oro. En España, todo buque tiene que abrirse paso para el puerto después de haber sobornado a los empleados de aduana. La disculpa es la misma que en Rusia: los empleados civiles de España no pueden vivir si no se prestan al cohecho.

Hasta en las Repúblicas son capaces y están dispuestos a ser sobornados. El dinero vence muchas dificultades, resuelve muchos problemas. En los Estados Unidos, nata y flor de las Repúblicas, se lleva a cabo el cohecho en grande escala. El solo sueldo de un empleado no es suficiente. Hasta los que disfrutan de los empleos más elevados se dejan sobornar con obsequios de carruajes y caballos, y hasta con dinero efectivo. Los hombres de Estado americanos más previsores y honrados, se dan cuenta de que el agio y la corrupción están minando la influencia de la administración y envileciendo la regla fija de la virtud pública (1).

Otro tanto ha sucedido en todas partes del mundo. Poco importa el nombre de la forma de gobierno—ya sea monarquía, aristocracia o república. No es la forma de gobierno, sino los hombres que la administran. Usado de una manera egoísta, el poder político es una maldición; usado inteligente e imparcialmente, puede llegar a ser una de las mayores bendiciones para la comunidad. Si el egoísmo principia con las clases que gobiernan, ¡ay del país gobernado! El mal se extiende hacia abajo y envuelve a todas las clases, hasta a las más pobres. El curso de la vida se convierte en una carrera tras la riqueza y el *yo*. Abandonanse los principios de moral. La honradez es una virtud olvidada. La confianza expira, y la sociedad se convierte en una contienda por empleos y dinero.

Sin embargo, hay hombres que han rehusado ser comprados en todos los tiempos y en todas las edades. Hasta los más po-

(1) Véase la *North American Review*, de enero de 1871. Dice Jacobo D. Cox, «que la causa degradante por los empleos públicos y los dineros públicos, se extiende por todos los Estados. No hay villorrio, por lejano e insignificante que sea, cuya atmósfera moral haya escapado al contagio. Cuando uno de los partidos contendientes en el Estado ha vencido al otro, hay casi una limpia desde los empleos de sueldo e influencia, hasta el más modesto escribiente. El grito de guerra es: ¡Al vencedor corresponden los despojos! Tenemos que confesar con vergüenza—agrega Mr. Cox—, que su efecto sobre nuestra política sea el mismo que el grito de ¡Belleza y botín! en un ejército que entra en una ciudad conquistada al asalto. Nos hemos familiarizado tanto con una arrebatada en tal extremo ignominiosa, que nos sorprendemos de nuestra misma apatía, y principiamos a comprender el hecho de que a la conciencia pública se le ha abierto un caudal». (p. 89). Durante la administración de Johnson, «el estado de cosas era tal que podía rivalizar con la era más corrompida que se pueda hallar en la historia de cualquier nación». El siccantismo, la adulación, el soborno y todo el resto del asqueroso catálogo de los vicios políticos, va aumentando conforme descendemos, hasta que llegamos al *crudo* que ejecuta la falsificación de boletas o pelea en riña por su partido, haciendo su ganancia con el robo del dinero que ha recibido de algún candidato para «convencer a los electores independientes, que pueden ser comprados con una copita de *whisky*». (p. 92).

bres, inspirados por el deber, han rehusado venderse por dinero. Entre los indios norteamericanos es tenido por indigno de un hombre valiente el anhelo por la riqueza, de modo que el jefe a menudo el más pobre de su tribu. Los mejores bienhechores de la especie humana han sido hombres pobres, entre los israelitas, entre los griegos y entre los romanos. Eliseo estaba con el arado cuando fué llamado a ser profeta, y Cincinato hallábase en sus campos cuando fué llamado para mandar los ejércitos de Roma. Sócrates y Epaminondas eran de los hombres más pobres de Grecia. Así fueron los pescadores de Galilea, los inspirados fundadores de nuestra religión.

Aristides era llamado *el Justo*, debido a su integridad inflexible. Su sentimiento de la justicia era inmaculado, y su abnegación intachable. Combatió en Maratón, en Silamis, y mandó la batalla de Platea. A pesar de haber ocupado los más elevados puestos en el Estado, murió pobre. Nadie le podía comprar, nadie le podía apartar de su deber. Se dice que los atenienses se hicieron más virtuosos por el hecho de contemplar su brillante ejemplo. En la representación de una de las tragedias de Esquilo, expresarse una sentencia realzando la bondad moral, se dirigieron involuntariamente las miradas del auditorio hacia Aristides.

Foción, el general ateniense, hombre de gran valor y presunción, tenía el sobrenombre de *el Bueno*. Cuando Alejandro Grande hacía correrías por la Grecia, trató de comprar su lealtad. Le ofreció riquezas y la elección de cuatro ciudades en Asia. La respuesta de Foción demostró el inmaculado carácter del hombre. «Si Alejandro me estima realmente—dijo—, que me deje mi honradez.»

No obstante, Demóstenes, el elocuente, pudo ser comprado. Cuando llegó a Atenas Harpalo, uno de los jefes de Alejandro, tenían los oradores la mirada sobre su oro. Demóstenes fué uno de ellos. ¿Qué vale la elocuencia sin la honradez? En su visita a Harpalo, notó el jefe que a Demóstenes le agradaba mucho una de las copas del rey, hermosamente cincelada. Le pidió que la tomara en la mano para que sintiera su peso. «¿Cuánto podría contener?», interrogó Demóstenes. «Os podría llevar veinte talentos», contestó Harpalo. Aquella noche le fué enviada la copa a Demóstenes, con veinte talentos en ella. El regalo no fué rechazado. Esta circunstancia originó el oprobio del orador, cual se envenenó al poco tiempo.

Cicerón, por el contrario, rehusaba todo regalo de sus amigos, lo mismo que de los enemigos de su patria. Algún tiempo después de su asesinato, halló César a uno de sus nietos con un libro de Cicerón en la mano. El muchacho quiso ocultarlo, pero César se lo tomó. Después de recorrerlo, se lo devolvió al niño.

diciendo: «Mi querido hijo, ése era un hombre elocuente y amante de su patria.»

Al preguntársele por qué, al igual de sus compatriotas, no cargaba parte de sus bienes, cuando todos estaban obligados a huir, dijo: «Vuestra sorpresa no tiene razón de ser; llevo conmigo todas mis riquezas.»

Cuando Diocleciano hubo dejado por un tiempo la púrpura imperial, le invitó Máximiliano a que tomara de nuevo las riendas del gobierno. «Si os pudiera mostrar las coles que he plantado con mis propias manos en Salona, y los hermosos melones que he estado madurando, y los admirables plantíos que he puesto en torno de mi *villa*, no se me exigiría por más tiempo que abandonara la fruición de la dicha por la prosecución del poder.»

Aquello por lo que había trabajado era suyo, el fruto de su propio trabajo y esmero. Había llenado su alma con el espíritu de la laboriosidad, que comunica perseverancia al obrero, determinación al guerrero y firmeza al hombre de Estado. La labor cierra las primeras avenidas hacia la ignominia, abre un campo más amplio para el desarrollo de todo talento, e inspira con nuevo vigor la ejecución de todo deber social y religioso. De aquí el que los romanos quisieran que Diocleciano volviera a sus deberes políticos.

La satisfacción es también mejor que el lujo o el poder, y verdaderamente, es la riqueza natural. María, la hermana de Isabel, deseaba frecuentemente más bien haber nacido lechera que reina. Hubiérase ahorrado el tormento de un amor no correspondido y la degradación del poder por la mano de sus ministros. Muchos mártires se habrían salvado de ser quemados.

Los hombres enérgicos y honrados no trabajan por el oro. Trabajan por amor, por honor, por carácter. Cuando Sócrates sufrió la muerte antes que abandonar sus ideas de verdadera moral, cuando Las Casas se esforzaba en mitigar los sufrimientos de los pobres indios, no tenían pensamiento alguno de dinero o de país. Trabajaban por la elevación de todos los que pensaban y por el alivio de todos los que padecían.

Cuando Miguel Angel fué nombrado por el Papa para encargarse de la dirección de los trabajos de San Pedro, sólo consintió con la condición de que no recibiría sueldo, sino que había de trabajar *por amor a Dios solamente*, «Guardad vuestro dinero—dijo Wiertz de Bruselas a un caballero que deseaba comprar una de sus pinturas—, el dinero da el golpe de muerte al arte.» Hay que confesar, asimismo, que Wiertz era un hombre de carácter exagerado.

En la vida política, el empleo y el dinero sufren una excesi-

va demanda. El beneficio del empleo, cuando no es ganado directamente por el servicio público, resulta con frecuencia ser la corrupción de la moral. Es la substitución de un móvil inferior por uno patriótico; y dondequiera que predomina por consideraciones de favoritismo personal, degrada la política y envilece el carácter.

Andrés Marvell era un patriota de antiguo molde romano. Vivió en tiempos agitados. Nació en Hull a principios del reinado de Carlos I. Cuando joven, pasó cuatro años en el *Trinity College* de Cambridge. Después viajó por Europa. En Italia se encontró con Milton, y continuó siendo su amigo hasta el fin de su vida. A su regreso a Inglaterra ardía la guerra civil. No consta que haya tomado parte en la lucha, aunque siempre fué defensor y agitador en favor de la libertad. En 1660 fué elegido por su ciudad para representante en el Parlamento, y mientras ocupaba ese puesto escribió al regidor y alcaldes por cada condado, dándoles cuenta de los asuntos del Parlamento.

Marvell no participaba de las tendencias antimonárquicas de Milton. Su biógrafo le llama «el amigo de Inglaterra, de la libertad y de la Carta Magna». No se oponía a una monarquía restringida de un modo conveniente, y por eso apoyaba la Restauración. El pueblo la deseaba, creyendo que la vuelta de Carlos II sería la restauración de la paz y de la lealtad. Estaba muy engañado. Marvell fué nombrado para acompañar a lord Carlisle en una embajada a Rusia, lo que prueba que no era considerado como enemigo de la corte. Durante su ausencia se había hecho mucho mal. El rey repuesto estaba constantemente necesitando dinero. Apeló a todos los medios, vendiendo empleos e instituyendo monopolios, para satisfacer su perpetua necesidad. En una de las cartas de Marvell a sus electores, decía: «La corte se halla en el pináculo de carencia y gastos superfluos, y el pueblo está sumamente descontento. En un juicio de dos cuáqueros Penn y Mead, en la *Old Bailey*, dijo el fiscal entre otras cosas al ensalzar la Inquisición española, *que jamás estaría todo el orden hasta que no tuviéramos algo semejante.*»

El rey continuó recogiendo dinero sin ningún escrúpulo, por medio de sus cortesanos y de los patriotas apóstatas. Los compraba con cohechos de miles de libras esterlinas. Mas a Marvell no se le podía comprar. Fueron publicadas sus sátiras contra la corte y sus parásitos. Fueron leídas por todas las clases, desde el rey al traficante. El rey decidió ganarlo a su partido. Fué amenazado, fué halagado, fué contrariado, fué acariciado, fué rodeado de espías, fué acechado por salteadores y cortejado por bellezas. Mas ninguna Dalila pudo descubrir el secreto de su fuerza. Su integridad era a toda prueba, contra el peligro lo mismo

que contra la corrupción. La altivez es la aliada de los principios morales contra las amenazas y los cohechos.

En una corte en que ningún hombre era tenido por honrado y ninguna mujer por casta, era cultivado a la perfección este benigno hechizo; pero honrándose y respetándose a sí mismo, Marvell se hallaba a prueba contra sus encantos.

Se ha referido que el lord del Tesoro, Danby, creyendo poder comprar a su antiguo condiscípulo, fué a visitar a Marvell en su bohardilla. Al marcharse, deslizo en su mano el lord tesorero una orden contra el Tesoro por mil libras esterlinas, y en seguida se dirigió a su carretela. Marvell miró el papel y dijo al tesorero: «Milord, os pido un momento más.» Subieron de nuevo a la bohardilla, y fué llamado Juan, el sirviente. «Juan, ¿qué tuve ayer para comer?» «¿No os acordáis, señor? tuvisteis la pequeña pierna de carnero que me mandasteis pedir a una mujer del mercado.» «Exactamente, muchacho. ¿Qué tengo hoy para la comida?» «¿No sabéis, señor, que me mandasteis que os asara el pernil?» «Así es, justamente; retirate.» «Milord—dijo Marvell, dirigiéndose al tesorero—, ¿habéis oído? La comida de Andrés Marvell ya está suministrada; aquí tenéis vuestro pedazo de papel. No lo quiero. Sabía el favor que os proponíais hacerme. Aquí estoy para servir a mis electores; el ministerio puede buscar hombres para sus planes, yo no soy de ellos.»

Marvell se condujo noblemente hasta el fin. Conservóse intachable en su carácter. Era el verdadero representante de sus electores. Aunque no era pobre, fué sencillo y frugal su modo de vivir. En julio de 1678, visitó por última vez a sus electores. Al poco tiempo de su regreso a Londres expiró, sin haber tenido ninguna enfermedad anterior o alguna decadencia visible. Algunos dicen que murió envenenado. Esto tal vez no sea verdad.

Mas es cierto que murió siendo un hombre honrado. Siempre conservó su pureza. Siempre defendió lo justo. Era «amado por los buenos, temido por los malos, imitado por pocos, y con dificultad igualado por ninguno». Estas son las palabras que hay sobre la lápida de su sepulcro en Hull.

Ben Johnson, lo mismo que Marvell, era brusco y sincero en el hablar. Cuando Carlos I mandó al intrépido poeta una tarta y pequeña recompensa durante su pobreza y enfermedad, devolvió Ben el dinero con el mensaje: «Supongo que me enviáis esto porque vivo en una callejuela: decidle que su alma vive también en una callejuela.»

Goldsmith era asimismo un hombre a quien no se podía comprar. Había viajado a través de Europa, pagando su pasaje con su flauta. Había dormido en los galpones y bajo el cielo raso,

Fué actor, ujier y médico; y con todo, se moría de hambre. Entonces ensayó hacerse autor, y se hizo caballero. Pero nunca escapó por completo de las garras de la pobreza. Se describió a sí mismo como a una persona que «escribía por ganarse el pan en una bohardilla, y que espera ser embargado por una cuenta de leche no pagada.» Cierta día recibió Johnson un mensaje de Goldsmith, en que le decía que se hallaba en gran escasez. El doctor fué a verle, y halló que la dueña de la casa le había hecho arrestar por los alquileres. Lo único que tenía de que disponer era un paquete de manuscritos.

Johnson los tomó, y vió que era el *Vicario de Wakefield*. Habiéndose convencido de su mérito, lo llevó Johnson a un librero y lo vendió por sesenta libras esterlinas (1).

A pesar de ser pobre entonces, y a pesar de haber sido pobre hasta que murió, pues murió teniendo deudas, Goldsmith no pudo ser comprado. Rehusó no trabajar limpio en política. Como 50.000 libras esterlinas anuales empleaba entonces sir Roberto Walpole en gastos para servicios secretos. Escritores de poca nota eran sobornados cada día para ensalzar los actos de la administración, y para deprimir la de sus opositores. En la época de lord North, *Junius* estaba en la oposición. Se decidió dar un sueldo a Goldsmith para que inutilizara su terrible sarcasmo. Para arreglarse con él, fuéle enviado el doctor Scott, capellán de lord Sandwich. «Le encontré — dice el doctor Scott — en una habitación miserable en el Temple. Le expuse mi misión. Explíqueme el modo cómo estaba yo autorizado para pagarle sus trabajos, y, ¿lo creéis?, fué tan absurdo que me dijo: *Puedo ganar lo bastante para llenar mis necesidades sin escribir para ningún partido; la ayuda que me ofrecéis me es innecesaria.* Así es que le dejé en su bohardilla.»

De esa manera despreció el salario de lo inicuo el pobre noble Goldsmith! Prefirió usar su pluma para escribir el célebre cuento *Goody Two Shoes*, para diversión de niños, antes que llegar a ser un libelista alquilón de prostituidos políticos. Pulteney, el jefe de la oposición en la Cámara de los Comunes, hizo una cita latina en uno de sus discursos y fué corregido por sir Roberto Walpole, el cual le apostó una guinea a que no era exacta la cita. La apuesta fué aceptada, y se consultó el autor ciego, y se halló que Pulteney tenía razón. El ministro arrojó sobre la mesa una guinea, y al recogerla Pulteney, puso por testi-

(1) Goethe recuerda lo útil que le ha sido este libro. A la edad de ochenta y tres años, y estando al borde de la tumba, dijo a un amigo que, en el momento decisivo de su desarrollo intelectual, había formado su educación el *Vicario de Wakefield*, y que había leído muy poco que había vuelto a leer desde el principio hasta el fin ese libro lleno de encanto, hallándose muy afectado por los vivos recuerdos de lo mucho que había debido a este autor unos setenta años antes.—FORSTER.

go a la Cámara de que ésta era la primera guinea de dineros públicos que jamás había metido en su bolsillo. Esta misma moneda perdida y ganada así, es conservada en el Museo Británico, con el nombre de *la Guinea de Pulteney*.

Cuando Pitt, conde de Chatham, fué nombrado pagador de las fuerzas públicas, negóse a tomar ni un cuarto fuera del sueldo que la ley concedía a su empleo. En tiempo de paz se le permitía al pagador que guardara una fuerte suma bajo su crédito, que ascendía probablemente a algunos cientos de miles de libras esterlinas; y podía apropiarse de los intereses de esta suma. Pero Chatham rehusó toda ventaja. Negóse igualmente a aceptar las gratificaciones o sobornos que le eran ofrecidos por príncipes extranjeros que estaban a sueldo de Inglaterra y que ascendían anualmente a una fuerte cantidad. Su carácter era tan honrado y desinteresado como lo eran sus transacciones pecuniarias.

Guillermo Pitt, era igualmente puro. Juzgaba al dinero como polvo bajo la planta de sus pies, comparados con el interés y la estimación públicos. Limpias eran sus manos. Cuando estaba en su furor la lucha entre él y la oposición que dirigía Fox, quedó vacante el empleo de archivero mayor (la segunda dignidad judicial en Inglaterra). Era sencillamente un beneficio vitalicio, con tres mil libras esterlinas al año. Todos sabían que Pitt era pobre, y se creía que se nombraría a sí mismo. Nadie hubiera censurado esto. En aquella época era común obrar así. Pero dió el nombramiento al coronel Barré, un pobre amigo ciego, y de esa manera ahorró la pensión que le había concedido una administración precedente.

Todo el mundo comprendía el desinterés de Pitt. Fué difamado por medio de sátiras denigrantes, fué censurado con malicia, y fué ultrajado; y aunque por sus manos pasaban millones, ni sus más encarnizados enemigos se atrevieron a acusarle de recibir lucro alguno indebido. Cuando las personas más opulentas del país le pedían ducados, marquesados y órdenes de la Jarretiera, arrojaba todo esto de sí con desdén. Sentía un supremo desprecio por el dinero y por las consideraciones que proporcionan el dinero. Pitt era el hombre magnánimo que tan exactamente describe Aristóteles en su *Ética*, que se creía digno de grandes cosas, porque era digno realmente de ellas. Nada contribuyó tanto a elevar su carácter como su noble pobreza.

Cuéntase de Chamillard, el gran abogado francés, que defendió con mal éxito una causa; y todo porque no había sido presentado un documento de importancia. La sentencia del juez fué elevada al Parlamento, que la confirmó. Ya no había, pues, lugar a apelación. El litigante fué a ver a Chamillard y se lamentó de la pérdida de su fortuna. Afirmaba que esto ha-

bía sucedido porque Chamillard no se había referido a un documento importante, fundamento de su pleito. Chamillard afirmaba no haber visto el documento. El cliente insistía en que lo había entregado con los demás papeles. Al fin abrió Chamillard su cartera, buscó, y halló el documento. Vió que la causa podía haber sido ganada si hubiera sido presentado y leído, mas ya no había lugar a apelar. El abogado tomó una resolución en el acto. Dijo al cliente que volviera a verle al siguiente día. Reunió todo el dinero que pudo encontrar, y cuando el cliente volvió a la mañana siguiente, lo entregó todo, aunque este le traía la pérdida de su fortuna. De este modo sostuvo su reputo por sí mismo. Cumplió con su deber estrictamente, aunque le costaba tanto. No solamente hizo esto; fué a ver al presidente de la corte, y le rogó que no le volviera a encargar informarlo alguno para el Parlamento; porque después de esta gran falta se tenía a sí mismo por *sospechoso*, a pesar de que la había enmendado con tanta nobleza.

A sir Arturo Wellesley (después duque de Wellington) le fué ofrecida una fuerte suma de dinero por el primer ministro de la corte de Hyderabad, con el objeto de averiguar qué ventajas se habían reservado para su príncipe después de la batalla de Assaye. Sir Arturo le miró tranquilamente durante algunos momentos, y dijo: «¿Parece que sois capaz de guardar un secreto?» «Sí, por cierto.» «Pues lo mismo soy yo», dijo el general inglés. Rehusó la oferta, y con un saludo despidió al ministro. El rajah de Kittoor le ofreció más tarde, por intermedio de su ministro, un soborno de 10.000 pagodas en cambio de ciertas ventajas. El cohecho fué rechazado con indignación, y el general dijo: «Informad al rajah que yo, y todos los oficiales ingleses conmigo, consideramos esas ofertas como ultrajes, sea quien fuere el que las haga.»

Su noble padre, el marqués de Wellesley, rehusó de igual manera un regalo de cien mil libras esterlinas que le fueron ofrecidas por los directores de la Compañía de las Indias Orientales. Nada pudo obligarle a aceptarlas. Es innecesario para mí—dijo—, que aluda a la independencia de mi carácter y a la propia dignidad inherente de mi empleo... Únicamente pienso en nuestro ejército. Afligiríame sobre manera cercenar la parte de esos valientes soldados. El mismo desprendimiento manifestó sir Carlos Napier cuando se encontraba en la India. «Ciertamente—dijo—he podido haber obtenido 30.000 libras esterlinas desde mi llegada a Scinda, pero aun no necesitan ser lavadas mis manos. La espada de nuestro amado padre no tiene la menor mancha.»

Sir Jaime Outram era extremadamente generoso y lleno de

abnegación. Siendo uno de los capitanes más modernos en la India, se le ofreció el mando de tropas que iba a enviarse contra los insurrectos de Mahi Kanta. Rehusó el honor en favor de un amigo mucho más antiguo que él. Juzgó deber suyo hacer presente que el nombramiento de un oficial tan moderno podría causar sombras en partes donde la unión de sentimientos era necesaria. El oficial más antiguo allí era acaso el capitán más antiguo del ejército. Dijo: «Las prendas de ese oficial son muy superiores a las mías. Con toda voluntad expongo mi modesta reputación en favor de su conducta. Asociado a él en la comisión, como debo creer que lo seré, de él será el honor del éxito, mía será la culpa de la derrota, por las medidas de que yo soy iniciador. Mas el general en jefe no podía aceptar su indicación. La oferta fué hecha de nuevo y aceptada finalmente.»

Cuando fué distribuido el dinero del botín de Scinda entre los oficiales y los soldados, negóse Outram a aceptar para sí las 3.000 libras esterlinas que le correspondían como comandante. Dijo que rehusaba aceptar ni una rupia de un botín, resultado de una política a que era opuesto. Distribuyó todo en obras de beneficencia. Entre los demás que recibieron se hallaban las escuelas misionarias de la India, del doctor Duff. También dió 800 libras al asilo de Hil School, en Kussowlee. Luego le escribió lady Lawrence: «Vuestro acto de beneficencia no es menos aceptable porque venga en forma de homenaje a lo que creemos ser una causa justa.»

En las ventajas para sí mismo fué en lo que jamás pensó sir Jaime Outram, y el dinero era materialmente polvo bajo sus plantas, excepto cuando lo podía convertir en auxilio para otros. Nunca ha existido un hombre más sencillo y más libre de todo sentimiento de vanidad. Cuanto más se estudia su vida en sus detalles, tanto más se verá cuán natural era en él la costumbre de tener en más a los otros de lo que a sí mismo se estimaba, y de cómo se preocupaba menos de sus intereses que de los pertenecientes a los demás. Su compasión era realmente ilimitada. Fué esta piedad, esta facultad de ver con ojos ajenos, de sentir con el corazón de otros hombres—una facultad, cuya ausencia en nuestros jefes principales nos llevó a los más dolorosos peligros en la India—lo que hizo de Outram un opositor tan tenaz de la injusticia en todas sus formas (1).

Cuéntase del gran lord Lawrence, que estando tratándose de un caso importante respecto de los intereses de un joven rajah indio, intentó el príncipe poner en sus manos una bolsa de rupias, por debajo de la mesa. «Joven—le dijo Lawrence—, ha-

(1) Véase *Vida de Outram*, por sir F. J. GOLDSMITH.

béis hecho a un inglés el mayor insulto que es posible hacer. Esta vez, en consideración a vuestra juventud, lo disculpo. Que este hecho os prevenga para que nunca volváis a cometer una ofensa tan grande contra un caballero inglés.»

Gracias al valor y a la honradez de tales hombres es como ha sido conservado el Imperio de la India. Hanse desvelado en el cumplimiento de su deber, y a veces a riesgo de sus vidas. Durante la revolución de la India, presentáronse en la escena rápidamente muchos hombres hasta entonces relativamente desconocidos, tales como Havelock, Neil, Nicholson, Outram, Clive, Inglis, Edwardes y Lawrence. El solo nombre de Lawrence significaba un poder en las provincias del Noroeste. La norma del deber en ambos hermanos era lo más elevada posible. El primero, Juan, *Juan de Hierro*, como le llamaban, y el segundo, Enrique, inspiraban a cuantos tenían a su alrededor un espíritu de cariño y de adhesión: del primero se dijo que su solo carácter valía un ejército. El coronel Edwardes dijo de ambos hermanos que «diseñaron una fe, y crearon una escuela, que todavía viven».

En el tiempo en que estalló la insurrección india, era Juan comisionado en jefe del Penjab. El país que gobernaba acababa de ser conquistado por los ingleses. Gobernaba su nueva provincia bien y sabiamente. Fiábase en las personas que había en torno suyo, y las hizo amigas suyas. Y entonces llevó a cabo lo que quizá no tiene ejemplo en la historia. Mandó todas las tropas indígenas del Penjab a auxiliar al ejército inglés en Delhi, quedándose sin fuerza alguna para defenderse. El resultado demostró que tenía razón. Los sijs y penjabenses fueron fieles. Delhi fué tomada, y la India se salvó. Todo esto consistió en el carácter personal de Juan Lawrence. Las palabras que su hermano sir Enrique quiso que fueran grabadas sobre la lápida de su sepulcro, describen con modestia su vida y su carácter. «Aquí yace Enrique Lawrence, quien se esforzó en cumplir con su deber.»

Los hombres de ciencia han demostrado la misma abnegación. Cuando sir Humphry Davy, después de gran laboriosidad, hubo inventado su lámpara de seguridad, con objeto de mitigar el peligro en que estaban los mineros de carbón que trabajaban en gas inflamable, no quiso pedir privilegio de ella, sino que la dió al público. Díjole un amigo: «Pero usted ha podido así mismo asegurar la invención con un privilegio, y recibir por ese medio de cinco a diez mil libras esterlinas anualmente.» «No, mi buen amigo—respondió Davy—; nunca he pensado en semejante cosa; mi solo propósito ha sido servir a la humanidad. Tengo lo bastante para llenar mis necesidades y propó-

sitos. Más riqueza podría apartar mi atención de las ocupaciones favoritas que prosigo. Más riqueza no podría aumentar ni mi fama ni mi felicidad. Es indudable que me permitiría poner cuatro caballos en mi carruaje; ¿pero de qué utilidad me sería el que se dijera que sir Humphry arrastraba carruajes con cuatro caballos?»

Lo mismo fué con su sucesor Faraday. Trabajó solamente por la ciencia. Tenía tanta imaginación como ciencia. Cada hecho nuevo ganado por su inteligencia se reducía en un centro de mayores misterios. No era materialista; su filosofía era a un tiempo una protesta contra el dogmatismo científico y el sectarismo religioso. Era modesto en su saber, y trabajaba con el espíritu de un niño, admirándose de las revelaciones de la verdad que le iluminaban. «Ese ázoe, ese oxígeno—decía—, que constituyen más de la mitad del peso del mundo, cuán maravillosa cosa son, y creo no obstante, que sólo nos hallamos en el principio del conocimiento de sus maravillas.»

Faraday estaba satisfecho con ser un hombre relativamente pobre. No trabajaba por dinero. Si así lo hubiera hecho habría reunido una gran fortuna. No exigió nunca cosa alguna, sino que dió todos sus descubrimientos al público. Resistió noblemente a la tentación de hacer dinero—aunque en su caso no fué una tentación—, prefiriendo seguir el camino de la ciencia pura. Decididamente era un descubridor de verdades; y a veces le sorprendían. «Esas cosas—decía—son actualmente inexplicables; nos prueban que con todo nuestro saber poco sabemos aún de aquello que quizá será sabido en lo futuro.» Estas palabras nos recuerdan una de las últimas frases de Isaac Newton.

En una reunión celebrada recientemente por el Instituto Real, cuando el profesor Tyndal presentaba al doctor Hoffman la medalla Faraday—la mayor prueba de reconocimiento que puede ofrecer la Sociedad—, hizo mención de un ejemplo conmovedor de la bondad de Faraday. Un estudiante joven, de Edimburgo (Samuel Brown, después doctor en medicina), que estaba ocupado en un estudio difícil sobre la materia y los átomos, sometió sus opiniones al más grande de los químicos del día. Abrumado como estaba entonces Faraday con su trabajo, no respondió con negligencia ni tampoco con ridícula aprobación. Escribió al desconocido joven, como sigue: «No dudo en aconsejar a usted que continúe sus experimentos de conformidad con su manera de ver, porque, ya sea que lo confirme o lo refute, tiene que resultar algún bien de ello. Por lo que hace a las apreciaciones en sí mismo, nada puedo decir de ellas, excepto que son útiles al impulsar el espíritu hacia la investigación. Una brevísima consideración del progreso de la filosofía expe-

rimental, le demostrará que es un gran perturbador de las teorías preconcebidas. He reflexionado larga y seriamente sobre la teoría de la atracción y de las partículas y átomos de la materia y cuanto más medito, en asociación con los experimentos, tanto menos clara se hace mi idea de un átomo o una partícula de materia.»

Volvamos a otro asunto, el de hacer dinero. Las fortunas de la casa de Rothschild han sido creadas sobre la honradez de su fundador, Meyer Amschel o Anselmo. Nació en Frankfort Mein, en 1743. Sus padres eran judíos. ¡Qué historia tan terrible se podría escribir sobre las persecuciones, las torturas y martirios de los judíos en la Edad Media, y hasta en nuestros días (1)! En Frankfort, igual que en otros pueblos y ciudades de Alemania, eran obligados los judíos a entrar en sus casas a cierta hora de la noche, bajo pena de muerte. La *Judengasse* en Frankfort, tenía portones que se cerraban de noche con llave, Napoleón los hizo volar a cañonazos, una de las cosas más terribles que jamás haya hecho; no obstante, continuaron las persecuciones de los judíos.

El joven Anselmo perdió sus padres cuando tenía once años de edad, y tuvo que luchar solo a través de la vida. Después de una ligera educación—porque los judíos siempre son bondadosos entre ellos—, tuvo el muchacho la buena fortuna de hallar una colocación como dependiente de un pequeño banquero y carnicero en Hannover. Regresó a Frankfort en 1772, y se estableció como corredor y prestamista. Sobre su oficina puso como muestra un escudo colorado, en alemán Rothschild. Coleccionó monedas antiguas y raras; y entre los aficionados que frecuentaban su tienda estaba el landgrave Guillermo, más tarde elector de Hesse.

Cuando Napoleón invadió el resto de Europa, fué arrojado de sus Estados Guillermo de Hesse, y todo el dinero que pudo reunir lo depositó en manos de Anselmo, su agente de corte. Ascendía a 250.000 libras esterlinas. Cuidar este dinero y hacer que aumentara en sus manos, fué el objeto principal de Anselmo. El dinero era caro en aquellos días, solía dar doce y hasta veinte por ciento con buena fianza. Continuaba la guerra. Rusia fué invadida por Napoleón. Su ejército quedó destruido casi completamente entre las nieves. Dióse la batalla de Leipzig, y Napoleón y su ejército fueron arrojados al otro lado del Rin. Volvieron

(1) Los últimos perseguidores de los judíos de que tenemos conocimiento son los rumanos y los búlgaros. Habiendo alcanzado hace poco tiempo su propia libertad, se la otorgan a los judíos, quienes están aún cargados con el sufrimiento y las penalidades. Los rumanos y búlgaros difícilmente merecen su libertad: se han hecho poderosos, pero justos, y la injusticia ha de caer sobre ellos de rechazo. «Las maldiciones, como las gallinas, vuelven a la casa para descansar.»

entonces a sus Estados el landgrave de Hesse. Algunos días después, se presentaba el hijo mayor de Anselmo Meyer en la corte y entregaba al landgrave los tres millones de florines de que su padre había sido depositario. El landgrave estaba casi fuera de sí de placer. Consideraba el dinero devuelto como llovido del cielo. En su entusiasmo creó caballero en el acto al joven Rothschild. «Una honradez semejante—exclamó Su Alteza—nunca se había conocido en el mundo.» En el Congreso de Viena, adonde fué poco después, no hablaba sino de la honradez de los Rothschild. Anselmo tenía una familia. Imitaron su ejemplo, y de esa manera han llegado los Rothschild a ser los prestamistas mayores del mundo (1).

Del finado lord Macaulay se puede decir que era un hombre completamente incorruptible. Entre los hombres con quienes se había criado—Wilberforce, Enrique Thornton y Zacarías Macaulay—, con dificultad podía dejar de llegar a ser un hombre patriota desinteresado. Cuando solamente ganaba doscientas libras esterlinas al año con su pluma, dijo de él el reverendo Sidney Smith, quien no era muy propenso a exagerar los elogios: «Creo que Macaulay es incorruptible. En vano pondría delante de él cintas, estrellas, jarretieras, riquezas, títulos. Siente por su país un legítimo amor honrado, y el mundo no le podría sobornar para que descuidara sus intereses» (2).

Macaulay tenía arreglados de tal modo sus negocios, que su manejo le servía de pasatiempo, en vez de ser una fuente de molestias y de ansiedad. Sus máximas económicas eran las más sencillas: considerar como capital toda ganancia oficial y literaria, y pagar toda deuda en el plazo de veinticuatro horas. «Creo—decía—que el pago inmediato es un deber moral, sabiendo, como sé, cuán mortificante es la postergación. Nada hay más verídico—dijo—que el proverbio del pobre Ricardo, de que *nuestro orgullo nos impone un impuesto doble del que nos impone el Estado.*» Desde su juventud acostumbró no gastar más de lo que tenía de entradas, como el único medio de formarse una reputación de integridad pública y privada, y para conservar una independencia digna.

Y, no obstante, apenas tenía lo necesario. A lord Lansdowne, que le ofrecía un asiento en el consejo de la India, le escribió lo siguiente: «Cuanto más vivo, menos deseos tengo de poseer grandes riquezas; pero las necesidades diarias y la lucha

(1) Esta historia se halla referida extensamente por Federico Martín en sus *Historias de los Bancos y Banqueros.*

(2) Sidney Smith dijo en cierta ocasión que nunca tenía miedo de abrir su cartera. Que era sinceramente concienzudo. A nadie había robado. Que si había perdido dinero, como le había sucedido con la deuda de Pensylvania, no estaba el crimen en su puerta, sino en la de sus deudores.

difficil por satisfacerlas, me hacen sentir la importancia de ellas con bienes suficientes para un mediano pasar. Sin éstos me es cosa fácil para un hombre público el ser honrado; es casi imposible que se le crea así. Me encuentro colocado en una situación en que sólo puedo subsistir de dos modos: estando empleado y con el trabajo de mi pluma... La idea de llegar a ser un albañón de librero, de tener que escribir no para aliviar la mente lo que la llena, sino el vacío del bolsillo; de tener que aguijonear una imaginación fatigada hacia un esfuerzo que le repugna; de tener que llenar pliegos tan sólo para llenarlos; de tener que oír los editores lo que Dryden tuvo que aguantar de molestias de Thomson, y las que yo sé que sufrió Mackintosh y Lardner, me causa horror. Y no obstante, así tendría que permanecer en el empleo tan sólo por el sueldo.»

El efecto fué que Macaulay obtuvo y llenó honrosamente un empleo en la India, regresando con suficientes medios, lo que le puso en estado de escribir su célebre *Historia de Inglaterra*.

## CAPITULO V

## VALOR — SUFRIMIENTO

Fear to do base unworthy things, is valour;  
If they be done to us, to suffer them  
Is valour too.—BEN JONSON (1).

Give me no light, great Heaven, but such as turns,  
To energy of human fellowship;  
No powers beyond the growing heritage  
That makes completer manhood.

GEORGE ELIOT (2).

Not alone when life flows still, do truth  
And power emerge, but also when strange chance  
Affects its current; in unused conjuncture,  
When sickness breaks the body—hunger, watching,  
Excess, or langour—often death's approach—  
Peril, deep joy, or woe.—ROBERT BROWNING (3).

El valor es una cualidad que todos los hombres se complacen en honrar. Es la elevada manifestación de la energía en todas las circunstancias de la vida. Es la voluntad perfecta, a la cual ningún terror puede conmover o desalentar. Si el caso lo requiere, puede poner a uno en aptitud de morir por el cumplimiento de su deber.

¿Quién puede pronunciar una palabra en elogio de la cobardía? ¿No la condena la conciencia universal? El cobarde es bajo y enervado. No tiene el valor de sus opiniones. Se halla dispuesto a convertirse en esclavo. «Arrojamos la mitad de nuestra virtud—dice Homero—cuando un hombre se hace esclavo»; y «la otra mitad—añadía el doctor Arnold—se desprende cuando se convierte en esclavo».

No obstante, hace falta valor para tratar con un cobarde. Un joven atolondrado, que se enojó con sir Felipe Sidney, a quien trataba de provocar para pelear, llegó hasta escupirle al

(1) El miedo de realizar acciones bajas e indignas, es valor; y si nos son hechas, también es valor caberlas soportar.—BEN JONSON.

(2) No me deis otra luz, ¡Cielo grandioso!, que aquella que conduce a la energía del compañerismo humano; ningún poder, más allá de la herencia creciente que hace más completa a la naturaleza humana.—GEORGE ELIOT.

(3) No es solamente mientras la vida corre tranquila, cuando surgen la verdad y el poder, sino también cuando una circunstancia extraña afecta su corriente; en ocasión inusitada, cuando la enfermedad quebranta el cuerpo—el hambre, las vigillas, el exceso, el decaimiento—con más frecuencia la aproximación de la muerte—el peligro, la profunda alegría o el pesar.

ROBERTO BROWNING.